

# LIBROS



> Juan Goytisolo

- **Ensayos escogidos**
- **Contra las sagradas formas**
- **Autobiografía y viajes al mundo islámico**

> JUAN GOYTISOLO

- **Imperios del mundo atlántico / España y Gran Bretaña en América (1492-1830)**

> JOHN H. ELLIOTT

- **Jeta de santo / Antología poética, 1974-1997**

> MARIO SANTIAGO PAPANQUIARO

- **La Reina del Pacífico / Es la hora de contar**

> JULIO SCHERER GARCÍA

- **El colombre**

- **La famosa invasión de Sicilia por los osos**

> DINO BUZZATI

- **La muerte y la doncella I - V**

> ELFRIEDE JELINEK

- **Manuel Gómez Morín, 1915-1939**

> MARÍA TERESA GÓMEZ MONT

- **Versos de vida y muerte**

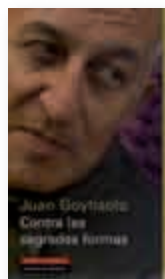
> AMOS OZ

## ENSAYO

# Juan Goytisolo y sus ancestros



**Juan Goytisolo**  
**Ensayos escogidos**  
selección y página  
liminar de Adolfo  
Castañón, México, FCE,  
2007, 308 pp.



**Contra las sagradas formas**  
Madrid, Galaxia  
Gutenberg/Círculo de  
lectores, 2007, 308 pp.



**Autobiografía y viajes al mundo islámico, Obras completas, V**  
edición del autor al cuidado de  
Antonio Munne, Madrid, Galaxia  
Gutenberg/Círculo de lectores,  
2007, 889 pp.

A Cervantes no le importaba tener discípulos sino buscarse ancestros, dice Juan Goytisolo en *Contra las sagradas formas*, su más reciente recopilación de ensayos. La frase ilumina el carácter de Goytisolo y muestra la vitalidad de una obra en prosa que, no siendo la más influyente de las actualmente escritas en España, quizá sea, llamada como está a perdurar por encima de los fuegos fatuos de lo actual, la más significativa. Más allá de los antiguos —del

Archipreste de Ita, de San Juan de la Cruz, de Fernando de Rojas—, Goytisolo ha buscado, entre los modernos, a sus ancestros y los ha encontrado de una manera que no puede sino emocionar al lector e impresionar al crítico.

Goytisolo, para empezar, buscó a Luis Cernuda y lo encontró, y en la escritura de la novela familiar de su homosexualidad disfrutó del aval póstumo del poeta, de su heroísmo. En 1963, año de esa muerte de Cernuda que pasó

casi inadvertida en España, Goytisolo se alistaba a cambiar de vida y a iniciar una segunda época de novelista, la cual se nutriría de la obra de Américo Castro (1885-1972), el historiador y filólogo que modificó dramáticamente la visión que España tenía de su pasado gracias a *España en su historia: cristianos, moros y judíos* (1948) y sus secuelas.

La Reconquista, gracias al empeño “mitoclasta” de Castro, dejó de ser esa cruzada heroica de siete siglos protagonizada por un puñado de caballeros andantes para transformarse en una imagen nueva, polémica, refrescante, la del simbiótico y conflictivo mundo de los cristianos, los árabes y los judíos. En Castro, con quien entró en correspondencia hasta la muerte del historiador, Goytisolo encontró una heterodoxia mestiza con la cual fue sustituyendo las ideologías sentimentales que habían ocupado la primera etapa de su vida, caracterizada por la rebelión contra la dictadura franquista: el realismo social en la novela, el compromiso sartreano en tanto que imperativo existencial, como elección política, la condición de compañero de viaje del Partido Comunista Español (PCE). Con el revisionismo histórico de Castro, Goytisolo ligó a la creación novelesca el pensamiento crítico como en pocas ocasiones había ocurrido entre nosotros, de tal forma que *Reivindicación del conde don Julián* (1970) y *Juan sin Tierra* (1975) no sólo

son sus novelas decisivas por el riesgo formal y la experimentación.

Si Castro fue la sustancia intelectual, José María Blanco White (1775-1841), el liberal sevillano y escritor en lengua inglesa que Goytisolo redescubre como traductor y escoliasta a principios de los años setenta, le significa el ejemplo vital del desterrado, del hereje y del militante a la vez desengañado y purista que Goytisolo ha sabido ser. Blanco White, ancestro que parecería remoto, anacrónico, lo justifica y lo acompaña con frecuencia, inspiración tangible en su abogacía del entendimiento entre la sociedad europea y el mundo árabe, en su exorcismo de las trivialidades del mercado y en su homosexualidad asumida, disidencia que lo enfrentó a la España nacionalcatólica, primero, y a la Cuba revolucionaria, después, donde Goytisolo creyó ir a pagar la culpa de sus ancestros –magnates del azúcar en la isla–, buscando, desdichadamente, un orden libertario.

La escena de *Coto vedado*, la primera parte de su autobiografía, en que Goytisolo, entonces público y entusiasta catecúmeno pero todavía homosexual secreto, se ve obligado a posar como amigo de la Revolución cubana en un estrado donde acaban de ser juzgadas y maldecidas dos muchachas lesbianas, provoca en él una sensación de desprendimiento físico y de zozobra moral que quizá sólo haya sido del todo digerida gracias al ejemplo de Blanco White. En la España de 1808, antinapoleónica al tiempo que fanática del trono y el altar, Blanco White se transformará en un verdadero liberal, es decir, en un hombre indispuerto a tolerar, en sí mismo, las flagelaciones que impone la servidumbre. Y es en las cartas y memorias escritas por Blanco White, durante su largo exilio en las islas británicas, que a la vez fue una huida de la Iglesia romana a través del anglicanismo y del unitarianismo, donde Goytisolo encontrará la gravedad moral necesaria para escribir sus libros autobiográficos. Blanco White le devolvió su sombra.

Un cuarto encuentro ha reunido a Goytisolo con Manuel Azaña (1880-1940),

a quien le ha dedicado, apenas en 2003, *El lucernario/La pasión crítica de Manuel Azaña*, un bellissimo ensayo que no alcanzó a figurar en los *Ensayos escogidos* que recopiló el crítico mexicano Adolfo Castañón. La lectura de Azaña –y más del escritor que del político, si es que ambas figuras pueden dissociarse– ha completado el saber intelectual de Goytisolo con el sentido de la virtud política, es decir, la confianza práctica en formas superiores de vida democrática fundamentadas, como lo ilustra la triste y ejemplar historia de Azaña, en una devoción por la independencia del intelectual que devino en deber de gobernante. Tanto como apostó por la separación irremediable entre la Iglesia y el Estado, tanto como se anticipó a decir que España había dejado de ser católica (y así acabó por ser), Azaña vio claro que una vez pasados los totalitarismos, tocaría a la literatura defenderse del gran público, el peor de los mecenas. Que alguien como Azaña –y eso se ratifica leyendo a Goytisolo– haya llegado a ser, durante la Guerra Civil, presidente de la República Española, le da a aquella tragedia su verdadera dimensión como un momento catastrófico en la historia europea, una espesura descubierta sólo recientemente por Goytisolo, según lo confiesa, autocrítico reincidente, en *El lucernario*.

Cernuda, Américo Castro, Blanco White, Azaña: el honor del poeta, la imaginación oracular del historiador, la libertad del hereje, la tolerancia del jefe democrático humillado y vencido, han ido completando la personalidad intelectual de Goytisolo, “imprimiéndole un carácter” (la expresión es suya, le gusta mucho) infrecuente en nuestra tradición. No me extrañaría que, en los próximos años de Goytisolo, que nacido en 1931 ya pasó de los 75, nos haga saber, a sus lectores, de los nuevos capítulos de la literatura española que ha hecho suyos.

En *Ensayos escogidos* he subrayado algunos de los temas que definen o delimitan el orbe de Goytisolo, pero quizá sea la “africanización” de España el motivo más rico y sugerente. Ya se cumplió un siglo de aquel ensayo de Miguel de Unamuno titulado “Sobre la europeización” (1906), donde el agó-

nico se declaraba harto de querer ser moderno y europeo y preconizaba no la indeseable europeización de España sino la españolización de Europa, en un arrebato que preconiza a la muerte como la ontología de su patria, ocurrencia que le será perversamente devuelta, como amenaza fatal, en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, en 1936.

Si se le mira bien, tanto Goytisolo como Américo Castro, su inspirador, no se alejaron tanto de Unamuno como pareciera. Más allá de los Pirineos, donde según el desdén dieciochesco empezaba África, existió, como se lee en *La realidad histórica de España* y en *Don Julián* y en *Juan Sin Tierra*, un mundo no perfecto pero acaso singular, la España de las tres culturas, a cuyo elogio –apasionado y crítico– dedica Goytisolo muchas páginas en sus ensayos de ayer y de hoy. Más aún, la destrucción de ese polémico edén multicultural por los Reyes Católicos fue una profecía cumplida, aunque remota y olvidada, del horroroso siglo XX y de sus inquisiciones, que no inventaron nada que no hubiese preconizado el Santo Oficio con su estatuto de limpieza de sangre.

No es esta la oportunidad ni el lugar para recordar la polémica entre Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro, aquel duelo ocurrido entre desterrados republicanos que atraviesa todas las meditaciones de Goytisolo y que en *Contra las sagradas formas* es actualizado con las reseñas de las contribuciones recientes de Javier Varela, Ignacio Olagüe y Serafín Fanjul, entre otros. Pero, abusando de la figuración, al comparar el mundo hobbesiano y violento que describe Sánchez Albornoz, esa guerra perpetua de los visigodos contra los árabes, con la paz eterna de los mozárabes, los mudéjares y los judíos, uno encuentra en Goytisolo una apuesta intelectual, que se remonta al principio de los tiempos, por el “multiculturalista” Herodoto contra el terruñero Tucídides, por el imperio nómada de la diversidad contra el culto de la ciudad Estado y sus penas. A los griegos se regresa, en efecto, cuando se disfruta de un ensayista como Goytisolo.

Goytisolo se burló de sí mismo en público al reproducir en *El lucernario*, como lo había hecho en *En los reinos de taifa*, fragmentos del enfático artículo, ganivetiano, que escribiera en 1962 alertando a la izquierda española contra la ilusión de fundirse, algún día, con lo que sería la Europa comunitaria. No, decía el joven Goytisolo, el nuevo lugar de España está en el Tercer Mundo y sus luchas de liberación, junto a Cuba y a Argelia. El “africanismo” de Goytisolo, el de ayer, panfletario y esencialista, el de hoy, erudito y democrático, y a veces más indulgente con los musulmanes que con los ex cristianos que han construido las sociedades liberales, las menos viles de la historia, ha sido siempre una causa política que une a la historiografía con la literatura, a las aventuras de la novela moderna con las vicisitudes del relato histórico. Esa elección, finalmente, tiene un origen religioso y erótico, discernible cuando Goytisolo, que vive en Marrakech desde hace muchos años y es una presencia pública no sólo en París o en Madrid sino entre los intelectuales árabes, elige el paraíso coránico contra esa Cristian-

dad que, gazmoña y helada, fracasó a la hora suprema de pintar un cielo.

La querencia árabe de Goytisolo, que se extiende hasta autores contemporáneos como Orhan Pamuk y Gamal El Ghitani, se acompaña, tanto en los *Ensayos escogidos* como en *Contra las sagradas formas*, de una permanente vigilancia de los clásicos españoles. Goytisolo le pide cuentas, sin pudor, a Quevedo por su antisemitismo, propone a María de Zayas como una fuente no contemplada por Octavio Paz del “feminismo” de Sor Juana Inés de la Cruz y retrata a liberales decimonónicos como Mariano José de Larra o Clarín, insistiendo en el largo olvido de *La regenta*, prohibida en la España de Franco e ignorada durante décadas en otras lenguas. Como Clarín, debe decirse, Goytisolo ha sabido ser un crítico practicante y su experiencia de lector siempre aparece relacionada, de manera directa, a sus novelas.

Goytisolo practica esa ardua empresa que consiste, como él lo dice a propósito del escritor ex yugoslavo Predrag Matvejevic, en “expresar la pertenencia en forma de negación”, actitud que en Goytisolo es caracterológica. Quizá nadie ha dicho cosas más fuertes contra la España actual, en su opinión constituida por “nuevos ricos, nuevos europeos y nuevos libres”, con una acritud que recuerda, otra vez, a los escritores del 98 y que es indeclinablemente española. Otras características de su personalidad, de la que él se enorgullece con justicia, han sido novedad: el cumplimiento literario de su vieja vocación de etnólogo y lingüista, probada en sus viajes al mundo islámico (Gaudí en Capadocia, Estambul) y en su condición de ser el primer escritor español, desde Alí Bey, que habla el árabe de Marruecos, dos aspectos de su querencia con la España sedentaria e indiferente a las lenguas no peninsulares. “Hay una esperanza. Al otro lado están los moros”, leyó Goytisolo en *Tiempo de silencio* (1961), de Luis Martín Santos, y esa frase lo marcó.

Esa novedad de Goytisolo, también un tipo nuevo de escritor español, no pasó inadvertida en los años del Boom,

cuando Carlos Fuentes (*Terra nostra* será un libro decisivo para el barcelonés) y Mario Vargas Llosa lo convirtieron en el latinoamericano de allá, feliz circunstancia que viene de lejos, en mi generación, para México: lo leímos, muy chicos, en Joaquín Mortiz, como parte de la oferta de nuestra orilla. El mundo de Goytisolo es más el de Las Casas que el de Ramón Menéndez Pidal y su eterna Edad Media, el de un Sarmiento descubriendo Europa a mediados del siglo XIX antes que el de la España de la Restauración, por más que respete no sólo a Clarín sino a Juan Valera y Galdós. Manuel Puig, Reinaldo Arenas, Paz, Guillermo Cabrera Infante y Severo Sarduy son los contemporáneos de Goytisolo, sus interlocutores más queridos y frecuentes, y entre los peninsulares sólo encuentra afinidades en Max Aub, en Jaime Gil de Biedma, en José Ángel Valente, en Jorge Semprún.

Finalmente, al aparecer en el tomo quinto de sus *Obras completas*, el dueto autobiográfico de Goytisolo (*Coto vedado*, 1985, y *En los reinos de taifa*, 1986) reafirma su lugar como una empresa sin parangón en la literatura española. Es difícil recuperar, en pocas líneas, lo que esa lectura ofrece, extraordinariamente dispuesta y dueña de una tensión implacable: el retrato del artista bajo la dictadura, la historia de cómo Goytisolo vive la ambición balzaquiana de apoderarse de París y de cómo se desengaña de sus primeros logros y se rebela contra su propia vanidad, la narración de sus viajes a Cuba y a la URSS, el descubrimiento progresivo del mundo islámico, la hermandad (redundancia que vale) con su hermano el novelista Luis Goytisolo, el caso Padilla en 1971 y la aventura interrumpida pero no estéril de la revista *Libre* o la muerte de Franco en 1975, ante la cual Goytisolo, como Thomas Mann cuando escribió aquel ensayo titulado “Hitler, mi hermano”, se purga reconociendo en el dictador español a su verdadero e implacable padre, al autor de su destino desde el día en que su madre murió víctima de un bombardeo franquista sobre Barcelona.



De la autobiografía destacan dos personajes que aparecen a justo título de héroes del escritor, de protagonistas sin los cuales su aventura literaria, moral y amorosa no hubiera sido la misma: Monique Lange (1926-1996) y Jean Genet. Con pocos días de diferencia, en 1955 Goytisolo conoció a Monique, su compañera de toda la vida, y a su amigo Genet. Leyendo la autobiografía de Goytisolo se asiste a una trama a menudo perfecta, la del descubrimiento de la homosexualidad de Goytisolo y la manera en que ella, su mujer, la sobrentiende, primero, y la acepta, después, para configurar una de las más íntegras y emocionantes historias de amor de la literatura de la lengua.

Genet aparece y desaparece en *Coto vedado*, *En los reinos de taifa* y *Contra las sagradas formas*, donde Goytisolo medita sobre *El cautivo enamorado* (1986), el libro póstumo del novelista y dramaturgo francés. No es fácil seguir a Goytisolo en su admiración por Genet. Ser a la vez magnético e inaceptable dada su fascinación por el terrorismo y por la violencia sufrida por él mismo a lo largo de aquella vida de comediante y mártir exaltada por Sartre, Genet buscó, con ansiedad de cenobita, la purificación en el seno de los Panteras Negras y en los campamentos palestinos en Jordania. Goytisolo lo retrata, al final de su vida, como hijo adoptivo de una madre dolorosa que le ha dado un hijo a la resistencia palestina. En Genet, Goytisolo admira al *malamatí*, un rebelde que se santifica negativamente contraviniendo todas las leyes humanas y divinas. Sólo Goytisolo puede conciliar, a lo largo de medio siglo de literatura y con rigurosos atisbos de duda, extremos como los encarnados por Genet, el último de los verdaderos malditos, con la dignidad pública del presidente Azaña.

No sé si Goytisolo, moderno, europeo, africano, tendrá discípulos, ni si deba tenerlos. Ha sido, en tanto, el escritor que se busca y se encuentra en sus ancestros, para quien la madurez siempre está en el horizonte y la educación sentimental nunca puede darse por terminada. —

— CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

## HISTORIA

### México entre dos imperios



**John H. Elliott**  
**Imperios del mundo atlántico / España y Gran Bretaña en América (1492-1830)**  
trad. de Marta Balcells. Taurus. Madrid, 2007. 680 pp.

La carrera académica del historiador inglés sir John H. Elliott ha sido larga, cercana ya al medio siglo. Elliott (Reading, 1930) es, sin duda, uno de los mejores historiadores del imperio español y de la Europa que lo dominó y dividió en los siglos XVI y XVII. Sus primeros estudios datan de los años sesenta: *La Revuelta de los catalanes y La España imperial, 1469-1716* (ambos de 1963); *La Europa dividida, 1559-1598* (1968) y *El viejo y el nuevo mundo* (1970). Esta veta continuó con varios estudios, entre los que destaca su magistral biografía del poderoso Conde-Duque de Olivares, de 1986, complementada con un estudio biográfico comparativo, *Richelieu y Olivares* (1984). Elliott fue catedrático de la Universidad de Cambridge y, a partir de 1967, del King's College de Londres; en 1973 cruzó el Atlántico y ocupó una cátedra en la Universidad de Princeton, hasta 1990, cuando regresó a Inglaterra, a la Universidad de Oxford. Su estancia en Estados Unidos le dio la idea de ampliar sus estudios al continente americano, avanzar hasta comienzos del siglo XIX y estudiar los desarrollos paralelos de los imperios español e inglés en América. El extenso libro *Imperios del mundo atlántico / España y Gran Bretaña en América (1492-1830)* es el magnífico resultado de ese esfuerzo.

Se trata de un ejercicio de historia comparativa entre los dos más grandes dominios europeos en América: el español y el inglés (quedan excluidos los dominios portugués y francés). Elliott

consultó una bibliografía muy amplia y actualizada, y la aprovechó con sensibilidad, sabiduría y equilibrio. Organizó su material temáticamente, lo que le dio oportunidad de ofrecer narraciones paralelas y entremezcladas que permiten aprehender cada momento en sí mismo, “en sus propios términos” y no de acuerdo con conceptos generales preestablecidos, estereotipos que se han enquistado como características supuestamente esenciales de los imperios español e inglés, derivadas de sus siglos de enemistad y de la resultante “leyenda negra”. Elliott se dedica a derribar esa perspectiva teleológica de las historias hispana e inglesa de América según la cual el fracaso económico de una y el éxito de la otra se debieron a rasgos propios de cada pueblo: los españoles flojos y católicos, tradicionales y corruptos; los ingleses laboriosos y protestantes, modernos, capitalistas y democráticos.

Estos estereotipos calaron hondo en las conciencias, y no sólo en Inglaterra. Definieron la “gran dicotomía americana” que provocó el “trauma” de la historia de México, para utilizar las expresivas palabras de Edmundo O’Gorman.<sup>1</sup> Es por ello que el libro de Elliott es tan importante para el lector mexicano: lo cura de su “trauma” al explicarle, paso a paso, por qué ocurrió lo que ocurrió y por qué no ocurrió lo que no ocurrió. Resulta de enorme utilidad ver las cosas con detenimiento y sin pasiones: qué pasó en México que fue tan diferente de lo que pasó con nuestro vecino del norte, que resultó ser nada menos que el país más poderoso del mundo, expresión de todas las virtudes y los defectos del capitalismo.

No es poca cosa, entonces, ser México; no es poco orgullo, y libros como el de Elliott nos ayudan a “concernos a nosotros mismos” para pensar bien qué queremos seguir siendo y qué queremos dejar de ser.

<sup>1</sup> Edmundo O’Gorman, *México / El trauma de su historia / Ducit amor patriae*, México, UNAM (Coordinación de Humanidades), 1977. Léase el lúcido comentario de Enrique Krauze, “Mascarada histórica”, en *Caras de la historia*, México, Joaquín Mortiz, 1983, pp. 44-51.

En cierto sentido puede decirse que *Imperios del mundo atlántico* es el mejor libro de historia sobre el México colonial, porque al marcar las similitudes y diferencias entre las dos Américas contribuye a romper el hechizo que ha consistido en escribir casi siempre la historia de México en sí misma, de manera aislada, de tal modo que por muy bueno que sea cada estudio sólo alcanza a afirmar la aporía de que la historia de México es como la historia de México.

*Imperios del mundo atlántico* está dividido en tres grandes partes, que son en realidad –con estos u otros nombres– las tradicionales en los estudios de este periodo: Ocupación, Consolidación y Emancipación. Cada parte consta, a su vez, de cuatro capítulos. El procedimiento es básicamente narrativo y Elliott va mezclando, de manera inteligente, las historias de uno y otro imperio, señalando similitudes y diferencias. En la primera parte, sobre los primeros tiempos de ambos imperios, compara procesos alejados en el espacio y el tiempo, puesto que Colón llegó a las islas en 1492 y Cortés a México en 1519, mientras que el capitán inglés Christopher Newport arribó a la costa noreste de América a comienzos del siglo XVII. En la segunda y tercera partes Elliott procura ceñirse a la comparación de procesos y situaciones simultáneas en el tiempo, de modo que se refuerce la comprensión de las diferencias y se ilustren acontecimientos de todo tipo en una significativa escala atlántica, tan americana como europea. Mientras la segunda parte ofrece una serie de frescos sobre la vida en ambos imperios en el “largo siglo XVII”, la tercera se ocupa de los problemas en el siglo XVIII que condujeron a las independencias de ambas colonias, las cuales sucedieron con más de treinta años de diferencia y que Elliott busca entender en cuatro apasionantes capítulos.

Elliott deja para el epílogo una magistral, elegante e incisiva recapitulación que permite ver con lucidez aquello que fue determinante en el

proceso, aquí y allá. Al mismo tiempo demuestra que este desarrollo pudo haber sido muy diferente, dependiendo del simple azar.<sup>2</sup> Más que nunca es cierto el título del poema de Mallarmé, *Un coup de dés jamais n’abolira le hasard*. Sucedió en el mundo lo que sucedió, pero todo pudo haber sido distinto si el azar (la belleza de Cleopatra) así lo hubiera querido. En los años anteriores a su gran travesía de 1492, Colón solicitó apoyo a Enrique VII, rey de Inglaterra, para realizar su viaje de descubrimiento a “las Indias”, apoyo que no recibió. De hecho, tampoco lo apoyó en un primer momento Isabel la Católica, reina de Castilla, ocupada en la guerra de Granada. Sólo cuando esta ciudad cayó Isabel decidió financiar, tras múltiples vaivenes, el viaje que le dio a España el controvertido monopolio de América por más de tres siglos. Por este simple hecho, Hispanoamérica fue conquistada por los españoles y no por los ingleses. Por un azar, México fue Nueva España y no Nueva Inglaterra. ¿Qué más hubiera sido diferente?

Elliott esboza algunas ideas a partir de esta pregunta contrafactual, ideas que se podrían extender a otro libro en un ejercicio semejante al de Roger Caillois, quien, con la maestría de Borges y Bioy Casares, escribió la historia del mundo entero partiendo de la posibilidad de que Poncio Pilatos hubiera decidido, por un acto de conciencia, conmiseración o simple azar, no condenar a Jesucristo. Entre otras cosas no habría habido cristianismo.

Pero sucedió lo que sucedió, y Colón incorporó las Indias al imperio español. Elliott encuentra que, en última instancia, la diferencia fundamental entre ambos imperios estriba en quiénes llegaron primero y quiénes después, los *first comers* y los *second comers*. Llegar primero, señala, supone tantas ventajas como dificultades, posibilidades de error y ventajas que acaban siendo desventajas. Llegar en segundo

lugar presenta desventajas que acaban siendo ventajas que acaso se tornen en desventajas.

Los españoles llegaron primero y encontraron dos grandes civilizaciones, Mesoamérica y los Andes, con abundante población disciplinada en el trabajo y en la vida, y con muy ricas minas de oro y plata. Pese a la catástrofe que significó la Conquista para la población india, los pueblos de indios conquistados fueron cristianizados e integrados a un sistema de dominio y explotación que enriqueció a los empresarios y funcionarios españoles, financió grandes obras públicas y de defensa y provocó que una gran cantidad de oro y plata llegara a las arcas reales, cantidad que representaba entre el 15 y el 20 por ciento de los ingresos de la Corona. Pero este oro se usó para la guerra y el fasto, y sólo un poco para estimular actividades productivas en España.

Los ingleses llegaron un siglo después y encontraron en la costa noreste de América una población indígena poco sedentaria, diezmada ya por las epidemias del Viejo Mundo y sin oro ni plata. Los indios no fueron incorporados a un sistema de integración política y económica. En un primer momento hubo intentos de cristianizar y educar a los indios, y un colegio en Harvard fue el equivalente angloamericano del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Pero los puritanos ingleses eran más bien rígidos y exigían a los indios vestir como ingleses y cortarse el cabello. Estos esfuerzos fracasaron y lo que prevaleció fue la separación entre ingleses e indios, relegados y excluidos de las colonias inglesas, y una situación de miedo y hostilidad mutua que se exacerbó en el genocidio del siglo XIX. Al no tener indios ni minas de oro y plata que explotar, los ingleses y europeos se dedicaron a crear con su propio trabajo réplicas utópicas del Viejo Mundo en América. Al igual que los españoles, trajeron negros esclavizados, a los que explotaron sin piedad, con mayor dureza que en Hispanoamérica, donde la suerte de

<sup>2</sup> Una versión del epílogo de *Imperios del mundo atlántico*, en traducción de Mauricio Montiel Figueiras, fue publicada en *Letras Libres*, 95, noviembre de 2006, pp. 20-25.

los africanos fue menos brutal y donde estos se mezclaron con españoles e indios en un rico mestizaje.

Cerradas para los indios y los negros, las trece colonias crecieron con la migración de ingleses y otros europeos, atraídos por un país inmenso que permitía enriquecerse a la gente con su propio esfuerzo, dueño de un sistema representativo, y en un ambiente de relativa libertad religiosa, austeridad y laboriosidad favorable para el desarrollo económico.

En este punto es muy notable el influjo de la diferencia temporal: Colón llegó a América en 1492 y España organizó su imperio de acuerdo con los criterios medievales del momento; este sistema político, económico, social y religioso siguió prevaleciendo, con pocos cambios, hasta el siglo XVIII, cuando los Borbones trataron de sacudirse el orden tradicional y adoptar uno más moderno. Inglaterra, por su parte, llegó a Norteamérica a comienzos del siglo XVII, precisamente el siglo de la Revolución inglesa, lo que favoreció la implantación en América de un sistema de representación democrática. También en el siglo XVII empezaron a cambiar las nociones acerca de la economía, lo que permitió un sistema de libertad económica. Y se produjeron la Revolución científica y la Revolución industrial, mientras que en España el Tribunal de la Santa Inquisición se dedicaba a prohibir la publicación e importación de libros “peligrosos” y hasta la lectura de la Biblia en español (en cambio, en los dominios ingleses la lectura de la Saint James Bible fue un poderoso estímulo para la alfabetización y la lectura).

Pero el hecho es, como lo notó Adam Smith en 1776, que el imperio inglés no era un verdadero imperio, porque nada o muy poco aportaba a la Corona, y más bien le costaba, sobre todo en gastos de defensa. La Guerra de Siete Años (1756-1763) entre España e Inglaterra condujo a ambos imperios a explotar más a sus colonias mediante la vía tributaria con el fin de fortalecer sus ejércitos. El resultado fueron rebeliones y resistencias

en ambos imperios. Las rebeliones de las colonias inglesas condujeron de inmediato a la independencia, en 1777, pues los orgullosos ingleses americanos querían seguir siendo tan libres como los de Inglaterra. Las colonias españolas, por su parte, permanecieron controladas y expuestas a una creciente explotación tributaria, hasta las revoluciones iniciadas en 1808 que condujeron a la independencia de casi toda Hispanoamérica. La guerra aquí fue mucho más larga y destructiva, porque el imperio español realmente perdía mucha riqueza al perder a América. Y la falta de una tradición democrática fomentó graves dificultades en los nuevos países independientes hispanoamericanos en el siglo XIX y hasta el presente.

Queda esta pregunta: ¿qué hubiera pasado si los ingleses hubieran llegado primero a América? Probablemente también hubieran organizado un sistema económico, político y religioso medieval. En lugar de excluir o exterminar a los indios, los hubieran integrado en un sistema económico y político semejante al español, que por cierto se designa con la expresión inglesa *indirect rule*. Tal vez, conjetura Elliott, el exceso de oro y plata mexicanos y peruanos que hubiera llegado a Inglaterra en el siglo XVI habría provocado una baja de las actividades productivas, el mantenimiento de una visión mercantilista y una solución de los problemas políticos que hubiera evitado la Revolución inglesa del siglo XVII y mantenido una monarquía severa y orgullosa. Acaso, entonces, no hubiera habido Revolución industrial en el siglo XVIII o, más bien, se hubiera producido en otra parte y de otro modo.

Si los ingleses hubieran conquistado México y Perú en el siglo XVI, y si unos españoles hubieran viajado a la costa este de Norteamérica a comienzos del siglo XVII, estos últimos habrían encontrado una población india escasa, no explotable, y nada de oro. Muchos se hubieran regresado, pero muchos también se habrían quedado. —

— RODRIGO MARTÍNEZ BARACS

POESÍA

## En el camino de Santiago



**Mario Santiago Papasquiari**  
*Jeta de santo / Antología poética, 1974-1997*  
Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2008, 272 pp.

Finalmente, he ahí los poemas. Finalmente, con *Jeta de santo*, la antología realizada por Rebeca López y Mario Raúl Guzmán, ya es posible encontrar en las librerías un volumen con los versos de Mario Santiago Papasquiari. Finalmente, a diez años de su muerte (un minuto de silencio bastante prolongado), podemos comenzar por el principio: por leerlo.

Marginal de tiempo completo, Mario Santiago Papasquiari (1953-1998) vivió una vida dedicada a los excesos y a la poesía. Autor de culto para unos cuantos iniciados, escribió más de dos mil poemas en los márgenes de libros ajenos, servilletas y otros papeles perdedizos, aunque en vida sólo publicó un libro, *Aullido de cisne* (1996), así como una pequeña *plaque* titulada *Beso eterno* (1995), ambos de escasa circulación.

A mediados de la década de los setenta, fundó, junto con Roberto Bolaño, el movimiento infrarrealista: asunto que, años más tarde, serviría de punto de arranque y corazón de *Los detectives salvajes* (1997), donde Bolaño transfigura a Mario Santiago en el entrañable personaje de Ulises Lima. La importancia y popularidad que la novela de Bolaño ha ido adquiriendo con el paso del tiempo ha contribuido al proceso de mitificación de Santiago Papasquiari, a la vez que el poder de la figura de Ulises Lima amenaza ya con devorar a su propio referente. Y todo esto al grado de que Mario Raúl Guzmán, en su introducción a *Jeta de*

santo, se siente en la necesidad de advertir: “Esta antología se alza contra la alevosía de sus ninguneadores y asimismo contra los intentos de mitificar su trayectoria. Nadie hallará en este volumen los poemas de Ulises Lima, sino los que Mario Santiago Papasquiarió suscribió con su vida y con su muerte.”

Poética y declaración de principios, el título de la antología es afortunadísimo; *Jeta de santo*, como ya bien ha observado Orlando Guillén, es un modo de decir “cara de Santiago”. Una identificación entre obra y autor más que justificada en el caso de alguien que, como Mario Santiago, intentó suscribir el proyecto romántico, vanguardias mediante, de la fusión arte-vida. *Jeta de santo* también lleva implícito un gesto: no es el rostro de un santo, sino alguien que pone cara de. Y por lo tanto estamos frente a una pose, una actuación, una máscara: otra vez el asunto del personaje. Una máscara: la negra aureola del maldito. Habría que decir que Mario Santiago Papasquiarió es una construcción de la autoría de José Alfredo Zendejas (así se llamaba en realidad) que se asumió obra al momento de cambiar de nombre. Cambiar de nombre: Mario Santiago Papasquiarió es hijo de sus palabras. No es de extrañar entonces que el que probablemente sea su último poema (publicado en *La Jornada Semanal* y que echo en falta en esta antología) lleve por título sus iniciales: “Eme Ese Pe”: bellísimo texto fechado el 3 de enero de 1998 en el que anunciaba su ya muy próxima muerte.

Desde la violenta sonoridad del título casi insultante, el libro reta al lector. Por una parte, *Jeta de santo* implica una canonización de palabra, dada la beatitud de su nombre (aunque paródica al acusarse máscara), y de facto, dado el reconocimiento “oficial” que supone para la obra de un autor que se quiso *underground* (en parte ostracismo, en parte automarginación complacida) ser publicada por una editorial como el Fondo de Cultura Económica. El libro desafía al lector a realizar un ejercicio

desacralizador. Se trata del fin de un culto basado en la fe: ya no se trata de creer, sino de leer. Finalmente, he ahí los poemas.

Mario Santiago Papasquiarió es constructor de un poderoso lenguaje poético nutrido por igual de recursos vanguardistas que de giros locales. Es una suerte de lenguaje fusión templado por un tono sumamente personal. A veces este lenguaje cristaliza en poemas o momentos deslumbrantes, a veces se regodea en la autocomplacencia y se precipita en estrepitosas caídas. Su obra dibuja un personaje que oscila entre un santo que obra maravillas y un merolico que en su inagotable flujo verbal intenta dar gato por liebre. Tal vez el emblema donde podría cifrarse toda la poesía de Mario Santiago podamos encontrarlo en una estrofa del largo poema “Consejos de I discípulo de Marx a I fanático de Heidegger”:

En cualquier momento acontece  
[I poema  
por ejemplo  
ese aleteo de moscas afónicas  
sobre I envoltorio que nadie  
[acierta a descifrar  
cuánto tiene de basura & cuánto  
[de milagro

Y ahora una pregunta atroz, una pregunta que sería injusta y ociosa si no fuera porque Mario Santiago insistió en inscribir su obra en el linaje de las vanguardias: ¿la poesía de Mario Santiago es renovadora? Su poesía es aire fresco en el ámbito de la literatura mexicana y su presencia en algo la transforma. Sin embargo, más que como una renovación, su obra se erige como un ejercicio de resistencia frente a las poéticas que rechaza y como un homenaje a los artistas que admira. No es casual que en ella abunden los intertextos, las paráfrasis y los poemas tributo. Algo hay de fan en su escritura, algo de cuaderno adolescente donde se pegan con devoción y ternura los recortes de los artistas preferidos. Mucho de rebeldía juvenil (con todo y los lugares comunes que implica) tiene esta escritura y sorprende

que haya cambiado tan poco con el paso de los años. Una obra que rinde culto y que ha devenido, a su vez, en objeto de culto, y que con la publicación de *Jeta de santo* irá ganando detractores y devotos. Tal vez no sea el gran renovador, pero Mario Santiago Papasquiarió es ya un referente obligado para aquellos que quieran suscribir un linaje alterno, trazar una tradición “otra” de la poesía mexicana. Y eso no es poca cosa. —

— LUIS FELIPE FABRE

## PERIODISMO

### La dama, el caballero y la Hidra



**Julio Scherer García**  
*La Reina del Pacífico / Es la hora de contar*  
México, Grijalbo, 2008, 174 pp.

La miré a los ojos oscuros, brillantes, suave la avellana de su rostro. Me miró a la vez, directa, sus ojos en los míos. Con el tiempo llegamos a bromear:

—El que pestañee, pierde.

El cabello, carbón por el artificio de la tintura, descendía libremente hasta media espalda y los labios subrayaban su diferencia natural: delgado el superior, sensual el de abajo. Observada de perfil, la cara se mantenía fiel a sí misma. De frente y a costa de la armonía del conjunto, un cirujano plástico había operado la nariz y errado levemente en la punta, hacia arriba.

Es Julio Scherer García. Describe a Sandra Ávila Beltrán, detenida en septiembre de 2007 por fuerzas federales y considerada, desde Los Pinos, una de las cabezas más poderosas del narcotráfico en México y, debido a sus supuestas

relaciones en Colombia, posiblemente en América Latina. Los dos acordaron una serie de entrevistas que culminó en un libro: *La Reina del Pacífico / Es la hora de contar*.

Se trata de un documento imprescindible por la pesadilla que vive hoy el país; por la calidad del autor, uno de los consagrados del periodismo mexicano, y por la importancia de la entrevistada. No debe verse como un abecé del narco, aunque todos los que importan están aquí. Es más bien una especie de *mea culpa* cargada de datos cifrados, un viaje guiado por el inframundo, un mapa que permite atar cabos. “Yo no soy turista en el mundo del narco”, confiesa ella, y aclara: “He estado allí y no tendría sentido que negara la realidad. Pero eso no me hace delincuente.”

*La Reina del Pacífico* confirma la indignante relación cotidiana entre los capos de la droga, los policías y los militares; duda de que los muertos y el dinero invertidos por la sociedad y el Estado mexicanos durante los últimos meses sirvan de algo para contener a la Hidra de Lena; y demuestra que la corrupción es el origen de ese monstruo ingobernable. Sin hacerlo explícito, cada una de las historias que teje la dama hacen ver qué tan ridículas, demagógicas e ingenuas son las acciones del gobierno de Felipe Calderón: la militarización sin labor de inteligencia, la persecución que no hurga en el sistema financiero. No es este un libro de denuncia, a pesar del enorme poder de su contenido (con menos información, redactores sin escrúpulos lanzan dos, tres libros al año en los que “redescubren” la “realidad” de temas que venden en las mesas de novedades: que si las *muertas de Juárez*, las *mataviejitas* o los *caníbales*). Si conduce a sacar conclusiones, no se permite señalar dónde está Heracles: la misma mujer que habla de la despenalización de las drogas exhibe la colusión de las autoridades (incluyendo a su propio esposo, un comandante narco muerto en una *vendetta*).

Sandra Ávila podría no ser la Reina del Pacífico; qué va: podría ser inocente de los delitos por los que el gobierno federal, en su campaña de spots, ya la

condenó sin juicio. Pero Sandra Ávila es, y aquí se confirma, parte importante de lo que ella misma define como la “sociedad narca”. El libro de Scherer García es virtuoso al describir este aspecto: pocas veces ha quedado tan claro que el tráfico de drogas es el negocio oficial en buena parte del territorio nacional; que el dinero que genera, y el tiempo que ha durado, ha permitido “formar” a miles de mexicanos; que los herederos van tomando, de manera natural, las riendas de la policía, los cárteles o la administración pública como si fueran (y en muchas regiones lo son) una misma cosa.

Del libro, aparte del encanto del personaje, llaman la atención dos detalles, no menores. Por un lado, el coqueteo permanente entre el autor y la entrevistada; lo suda todo el texto, y es parte de su atractivo. Un ejemplo:

Sobre el escote de Sandra Ávila no dejo de admirar la cruz que cuelga de una larga cadena. La cruz mide unos cinco centímetros y llega al inicio de la apertura de los senos. Podría ser una pequeña obra de arte, pienso.

—Mi mamá la heredó de su madre y mi madre me la regaló la última vez que nos vimos. Yo ya estaba en la fuga. ‘Que te cuide’, me dijo mi mamá entre caricias y sollozos. Aún siento sus ojos en mi cara y sus lágrimas en mis lágrimas. No me la quito nunca.

—Es hermosa—subrayo con el deseo de que desprenda la cruz de su cadena y así pueda mirarla detenidamente, sostenida en la mano.

—Se la muestro—me dice sin desprenderse de la cruz.

—Una joya.

El periodista está, sin duda, interactuando con su fuente, una firma de autor que se repite en otras entrevistas de Scherer: su intercambio de regalos con Carlos Hank González (en *La terca memoria*) o el tuteo con Rafael Caro Quintero (en *Cárceles*), por ejemplo.

El otro detalle estriba en la elegancia de las respuestas de la mujer, profundamente inteligentes y estructuradas. Sandra no es Caro Quintero ni Miguel Ángel

Félix Gallardo; no es Joaquín Guzmán, Héctor Palma o los hermanos Arellano Félix. Creció y convivió con ellos, pero a su lado estos lucen serranos, campesinos. La pulcritud de sus palabras compite, en amplios tramos del libro, con las del mismo entrevistador (de quien, confiesa, nunca había escuchado): “La sangre de la muerte real no se ve en las pantallas ni queda en los ojos. Es sangre inocente que no se pierde y duele para siempre. Sabría en la edad adulta que esa sangre pasa a reunirse con la propia sangre”, dice ella.

La Sandra Ávila que dibuja Scherer no usa las entrevistas para desahogarse; más bien parece calcular el impacto del libro. “Lo más sucio, pensaba mi marido, estaba en el gobierno. Sus hombres, y algunas mujeres ya hasta arriba, se quedaban con mucho, que todo nadie lo tiene. Martha Sahagún, por ejemplo, pertenece a esa especie: sin fortuna en la mañana y ya rica en la noche”, remata. —

— ALEJANDRO PÁEZ VARELA

## NARRATIVA

### Los enfermos reales



**Dino Buzzati**  
**El colombre**  
trad. Mercedes Corral,  
Barcelona,  
Acanalado,  
2008, 380 pp.



**La famosa invasión de Sicilia por los osos**  
trad. María Estébanez,  
Madrid, Gadir,  
2004, 146 pp.

Afectado por una molestia menor, Giuseppe Corte se interna en una clínica en que los enfermos son distribuidos según la gravedad de su dolencia:



los que sufren males ligeros quedan en el séptimo piso y en el sexto las enfermedades siguen siendo leves, pero en el quinto piso y en el cuarto el asunto ya es de cuidado, y el tercero y el segundo son sólo recursos extremos para evitar el desenlace de siempre: un médico cierra las persianas del primer piso en señal de duelo y enseguida las reabre para recibir a un nuevo enfermo terminal.

El cuento es de Dino Buzzati (1906-1972) y no es difícil conjeturar cómo sigue: en los relatos de Buzzati siempre hay alguien que espera o es esperado, o bien un gran acontecimiento —una tormenta, una batalla o, para no ir tan lento, el mismísimo fin del mundo— se demora o se consuma mientras los personajes permanecen aislados en el interior de alguna idea obsesiva. Esta vez Giuseppe se dispone a esperar, en la quietud del séptimo piso, el breve tiempo que debería tomar su curación, pero ya sabemos que la enfermedad va a complicarse; ya sabemos que, siguiendo razones absurdas y a la vez muy sensatas, el personaje descenderá irremediablemente.

Pocas obras provocan la complicidad total que se da en *El desierto de los tártaros*, y en los cuentos reunidos en *Sesenta relatos* (2006) y *El colombre* (2008), dos títulos cuyo rescate hay que agradecer a la editorial Acantilado. Ya que estamos de agradecimientos: en los últimos años el sello Gadir ha publicado las novelas *El secreto del Bosque Viejo*, *Un amor*, *El gran retrato*, *Barnabo de las Montañas* y dos volúmenes verdaderamente raros, que permiten calibrar —y admirar— la osadía artística del escritor dibujante: *Poema en viñetas*, una novela gráfica *avant la lettre* que alucinaría a Wong Kar-wai, y *La famosa invasión de Sicilia por los osos*, un cuento en verso y prosa con dibujos bellos y delirantes que harían palidecer —aún más— a Tim Burton.

*La famosa invasión de Sicilia por los osos* es la historia de Leoncio, el rey de los osos, que va a Sicilia a recuperar a Tonio, su pequeño hijo, capturado por los hombres y convertido en curioso equilibrista (lo llaman, para denigrarlo, Goliat). El relato es divertidísimo y oscuro: los osos toman el poder y gobiernan con sabiduría durante años, pero poco a poco se

van humanizando a partir de los vicios, pues ahora les gusta el alcohol, el juego y sobre todo el lujo (a pesar del calor, les encanta vestirse con redundantes abrigos). Es esta una fábula sobre el poder que moraliza muy poco: si enseña algo es más bien a desconfiar de los profesores. No es casual que un castigo temible en la Sicilia de los osos sea aprenderse de memoria “poesías educativas” como “La cigarra y la hormiga”.

*Sesenta relatos*, en tanto, incluye casi todos los grandes cuentos de Buzzati, entre ellos el ya citado “Siete pisos” y una lista larga que si fuera rigurosa agotaría el espacio destinado a esta reseña. Hay que mencionar, al menos, “Los siete mensajes”, “El niño tirano”, “El derrumbe de la Baliverna”, “El perro que vio a Dios”, “El platillo se posó” y “El hermano cambiado”, entre muchísimos otros. *El colombre*, en cambio, es una colección menos pareja, por momentos cercana a la crónica o agotada en parodias no siempre convincentes. Pero con Buzzati funciona la teoría de la indulgencia: nos reímos igual, bajamos la guardia y permitimos, incluso, diez o veinte cuentos “de entremedio” (eso respondió John Ashbery cuando le preguntaron cómo ordenaba sus libros de poemas: como todo el mundo, los buenos al comienzo y al final y los demás entremedio). Consecuentemente, el libro empieza con algunas piezas magistrales (“La creación”, “La lección de 1980”), y cierra con “Viaje a los infiernos del siglo”, una especie de *nouvelle* en que el reportero Buzzati —quizás anticipándose a los giros del “periodismo narrativo”— relata sus aventuras en una ciudad que se parece a Milán pero es el Infierno. (“Era tranquilizador el hecho de que los letreros de las tiendas y los carteles publicitarios estuvieran escritos en italiano y se refirieran a los mismos productos que nosotros utilizamos diariamente”, dice de pronto, con suma elegancia, el narrador.)

En el mundo de Buzzati los hombres se enamoran de sus autos (una obsesión del autor, cuya crítica a la modernidad tal vez oculta un entusiasmo genuino por los modelos cada vez más veloces), mientras que los jóvenes salen a la calle a golpear a los viejos, y los niños se pasan la tarde

burlándose de un compañerito llamado Adolf Hitler. Los ecos de las guerras aparecen con frecuencia y repercuten hasta en el sosegado paisaje del jardín nocturno, cuando las amebas, los musgos, las larvas y las arañas se entrampan en silenciosas batallas campales. Porque también el silencio es tensión, microscópica amenaza: “La casa misma parecía estar a la espera de algo, como si las paredes, las vigas, los muebles, todo, estuvieran aguantando la respiración.”

La versatilidad de Buzzati encubre, por cierto, un apego enorme a sus escasas e intensas obsesiones: la inminencia de un ataque, de un giro sorpresivo que era, tal vez, esperable; la soledad de un hombre cuyo dolor es, para el mundo, una anécdota apenas digna de ironías más o menos cariñosas. No viene mal recordar a propósito, finalmente, ese pasaje de *El desierto de los tártaros* en que, con tibia sensatez, Giovanni Drogo intuye su destino: “Es difícil creer en algo cuando uno está solo y no puede hablar de ello con nadie. Precisamente en esa época Drogo se dio cuenta de que los hombres, por mucho que se quisieran, siempre permanecen alejados; si uno sufre, el dolor es completamente suyo, ningún otro puede tomar para sí ni una mínima parte; si uno sufre, no por eso los otros sienten daño, aunque el amor sea grande, y eso provoca la soledad en la vida.” —

— ALEJANDRO ZAMBRA



TEATRO

## Estereotipos femeninos



**Elfriede Jelinek**  
**La muerte y la doncella I-V**  
trad. Ela Fernández Palacios,  
introd. Brigitte E. Jirku,  
Valencia, Pre-Textos,  
2008, 144 pp.

Para esta hora es posible que usted ya esté cansado de leer sobre escritores radicales, obras estridentes, estéticas subversivas. Cuánto lo sentimos. Esta reseña no pretende otra cosa que celebrar a una autora radical, estridente, subversiva. Ocurre que acaba de aparecer en español un nuevo libro de Elfriede Jelinek (Austria, 1946) y el libro es maestro. El tomito se llama *La muerte y la doncella* y contiene cinco escuetas obras teatrales, además de un breve ensayo a manera de epílogo. Las tres primeras obras –en rigor, tres diálogos de un acto– se entretienen con historias y personajes ya clásicos: Blancanieves, la Bella Durmiente y la Rosamunda creada por Wilhelmina von Chézy y musicalizada, en una ópera, por Franz Schubert. Las dos restantes tienen como protagonistas a Jacqueline Kennedy, rigurosamente vestida de Chanel, y a Silvia Plath e Inge Bachmann, poetas y suicidas. No piense usted que las tres primeras obras son nuevas versiones de viejos relatos ni que las otras dos tratan sobre las mujeres señaladas. Nada es así de sencillo en los libros de Jelinek. Para empezar, esta mujer rara vez construye relatos sólidos y durables. Antes que levantar historias propias, utiliza algunas anécdotas públicas –estampadas en libros o en la nota roja– y no se detiene hasta descomponerlas. Eso hace, por ejemplo, en *Los excluidos* (1980) y en *Obsesión* (2005), dos de sus novelas: suma casos policíacos para componer (y enseñuida descomponer) un retrato de Austria no menos brutal que los de

Thomas Bernhard. Esto hace, ahora, con las fábulas de Blancanieves, Rosamunda y la Bella Durmiente: vuelve a ellas no para reescribirlas sino, bruja, para envenenarlas. Digamos que, en vez de parodiar estas historias o de adaptar sus elementos al mundo actual, aprovecha la inercia de los relatos para dispararlos contra algún muro y destrozarlos. Blancanieves conversa con un cazador, hasta que su discurso se agota y una bala la aniquila. La Bella Durmiente discute con el Príncipe, hasta que su discurso aburre y el Príncipe –disfrazado de conejo– la somete sexualmente. Rosamunda debate con Fluvio, hasta que su discurso fracasa y ella misma reconoce que su voz –“Mi voz. Mi voz. Mi voz”– “no dice nada”. Pero no piense usted que el otro par de obras es menos terrible. Por el contrario: es difícil encontrar dos obras más perturbadoras en la literatura contemporánea. En una, Jackie Kennedy aparece de pésimo modo –frívola y estúpida, colgada de un vestido, demasiado rica y poderosa como para ser, además, respetable– mientras recuerda trivialmente a sus muertos. En la otra, Silvia Plath –enfundada en un traje de baño– e Inge Bachmann –disfrazada con un vestido tradicional austriaco– dialogan al tiempo que matan un carnero, preparan un sopa, limpian con productos domésticos un muro de cristal que parece marginarlas del mundo. Decimos Jackie, Silvia e Inge pero, en realidad, las obras no tratan sobre ellas. Aunque Jelinek aprovecha algunos elementos de estas mujeres, no compone obras biográficas ni dibuja con detalle a sus “doncellas”. También eso: Jelinek trata malamente a sus personajes. Opuesta a todo psicologismo, no construye caracteres finos ni, menos, “redondos”; más bien recarga la tinta hasta hacer, de sus personajes, deliberados estereotipos. Aquí, las seis mujeres hablan y hablan y las palabras, en lugar de definir las, las desdibujan. Mientras más protagónicas, menos nítidas y particulares. Al final cada una parece estar ahí para alimentar una imagen única: la de la mujer que, más tarde que temprano, descubre que el

hombre a su lado exprime, roba, mata. Hablando de imágenes: si a usted no le gustan las obras de Jelinek, es probable que tampoco disfrute las fotografías de Cindy Sherman. Cuánto lo sentimos. Esta es una de sus fotografías:



La modelo que aparece en la fotografía es, justamente, Cindy Sherman. También es Cindy Sherman quien posa, tan delicada, en esta imagen:



Las imágenes vienen al caso porque Sherman y Jelinek trabajan, más o menos, del mismo modo: no atienden tanto a las mujeres como a los estereotipos femeninos. Un minuto antes de salir a la calle y disparar su cámara sobre los peatones, Sherman reconoció que ya no había mundo ni sujetos; sólo imágenes y estereotipos. Como era inútil retratar a los demás, prefirió quedarse en casa e interpretar ella misma los clichés femeninos. Algo semejante practica Jelinek: no escribe acerca de las mujeres sino, mejor, acerca de las imágenes que representan y gozan y padecen las mujeres. Menos diversa que Sherman, vuelve una y otra vez a las mismas obsesiones: el capitalismo rapaz, la servidumbre del sexo, el hombre como lobo de la mujer. Más contundente, sube estereotipos al

escenario y no descansa hasta que ellos mismos terminan por contradecirse, fulminarse. Se equivoca usted si piensa que todo esto es demasiado frío e intelectual. Al revés: es apasionado, echa lumbre y calcina. (Es obvio que cuando aquel personaje de Aldous Huxley se quejaba de que en las novelas las mujeres no menstrúan, aún no se conocía la obra de Jelinek, toda sangre.) Se equivoca usted, otra vez, si piensa que hemos terminado. No se puede concluir una reseña sobre Elfriede Jelinek sin alabar los repetidos fognazos de su prosa, incluso traducida. Un ejemplo: “Yo estoy metida en el horno, los niños en las sartenes, contra las que los estrellé como huevos fritos.” ¿Que no le gusta? ¡Cuánto lo sentimos! —

— RAFAEL LEMUS

## BIOGRAFÍA

### Para completar la historia



**María Teresa Gómez Mont**  
**Manuel Gómez Morín, 1915-1939**  
México, FCE,  
2008, 998 pp.

Toda nación tiene entre sus altares propios, para mal y para bien, mitos fundacionales que marcan épocas y construyen un imaginario que asegura un sentido de pertenencia, de identidad, una cultura. En el caso del México contemporáneo, uno de esos comienzos lo marca la Revolución de 1910, un amasijo donde la realidad se mezcló con el mito y devino una ideología que sirvió para establecer, justificar y difundir una sola visión histórica llamada, sin rubor, “oficial”.

No han sido pocas las plumas que, con motivo del próximo centenario de la Revolución, han ahondado en el siglo XX para releerlo a la luz de nuevas

fuentes de información, muchas veces complementarias. Entre estas obras se encuentra *Cien años de confusión* (2007), de Macario Schettino, que devela algunas de las falacias que el oficialismo impuso para construir un régimen a la medida de la necesidad del grupo gobernante. Destaca también la convocatoria lanzada hace unos meses por el suplemento *Enfoque* del periódico *Reforma* a diez diseñadores para realizar el cartel del centenario; abundaron las cananas, los colores rojo y negro y los monumentos totémicos, salvo en el trabajo de Gonzalo Tassier, quien presentó la fotografía de un trompo verde, blanco y rojo girando sobre su eje, quizá como una nueva lectura —gráfica— ya no de una lucha armada sino de sus ideales: transformación y desarrollo, movimiento.

Es bajo esta visión de la historia que el libro de María Teresa Gómez Mont, *Manuel Gómez Morín, 1915-1939*, rescata una etapa de la vida de uno de los hombres que el mito fundacional de la nación hizo a un lado. No deja de sorprender que los veinticuatro años comprendidos requieran las casi mil páginas del volumen, ni que este haya sido publicado en la colección “Vida y pensamiento de México” del Fondo de Cultura Económica, que ha rescatado a algunos autores relegados por la historia oficial. Así, la exhaustiva investigación detalla el talento de Gómez Morín para imaginar una vida institucional y llevarla a la práctica —lo que Enrique Krauze llama “creatividad”—, ya fuera como fundador del Banco de México, agente financiero del gobierno de Obregón en las negociaciones petroleras con Estados Unidos o esbozando reglamentos sobre impuestos en la Secretaría de Hacienda. El libro ahonda en el Archivo Gómez Morín (ITAM) para nutrir con correspondencia y textos inéditos la percepción que este tenía de las responsabilidades que le fueran asignadas antes de cumplir los treinta años, edad en la que denotaba ya una visión alternativa de las necesidades y oportunidades de desarrollo de su país.

Parte del valor de este extenso estudio reside en la relatoría de las cátedras impartidas por Gómez Morín en la Escuela de Jurisprudencia —más tarde Facultad de Derecho de la UNAM—, en las que emergen conceptos que regirán un pensamiento que encontraba en el derecho el cauce necesario para conducir a la sociedad. De igual modo, esta época —marcada en el contexto internacional por el amanecer de la URSS— destaca por las consideraciones de Gómez Morín acerca del municipio y de un sistema de protección social y derechos mínimos que garantizara condiciones de vida dignas a la clase obrera. No se abunda demasiado en sus reflexiones o anotaciones sobre el socialismo naciente, pero se deja en claro la apertura de miras, la búsqueda incesante de alternativas, la consideración de otras visiones capaces de enriquecer la propia.

Esa fue la actitud de Gómez Morín cuando se debatía la autonomía de la Universidad: defendió la libertad de cátedra —opuesta a la educación socialista propuesta por Cárdenas— como signo de la educación superior. En este caso, es de gran valor el rescate de epístolas y testimonios que dan cuenta de las meditaciones personales del joven abogado.

Durante su desempeño como agente financiero, asesor o empleado de gobierno, la política le jugó mal a Gómez Morín. No fueron pocos los proyectos frustrados casi de inmediato por la ineficacia gubernamental o por coyunturas políticas y militares que antepusieron los intereses de un grupo al bienestar general. La consecuencia fue el disenso y el abandono de toda relación con el gobierno por parte de Gómez Morín, quien sintetizará en un proyecto nuevo lo aprendido en los diversos rubros estudiados y conocidos de cerca (cinco, a decir de la autora: el derecho, la economía, las finanzas, la edición y la educación). En 1939 nace así el Partido Acción Nacional, con el objetivo de rescatar los valores de la Revolución ultrajados y manipulados por un poder convencido de ser representante de todo lo que llevara el apellido “revolucionario”.

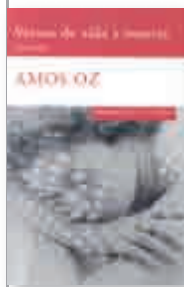
En la última parte del libro—“A manera de colofón”— la autora recupera las diversas iniciativas y leyes que el PAN ha defendido para fortalecer los muchos legados de su fundador, desde las recientes reformas electorales, el fortalecimiento del municipio y las leyes de transparencia y autonomía hasta la estabilidad económica de los sexenios panistas.

Contemporáneo de una época marcada por grandes nombres, el personaje que dibuja Gómez Mont se incorpora al historial de mujeres y hombres que se esforzaron en construir un pensamiento crítico porque descubrieron, como Octavio Paz, que la revolución era hija de la crítica y que la ausencia de crítica había matado a la revolución; que pensaron las preguntas y señalaron las respuestas con esa inquietud que distinguió a una de las generaciones que mejor supo escuchar y responder al llamado de su tiempo. Sin dejar de lado ninguna de las actividades realizadas por Gómez Morín en sus primeros años, el libro se suma a las iniciativas por reconocer la pluralidad de visiones y de actores responsables de la democracia en México, iniciativas que descubren que decir Revolución es aludir a algo más que a un mito reduccionista de la realidad mexicana, a algo alejado de las cananas y los monumentos oxidados. —

— CARLOS CASTILLO LÓPEZ

## NOVELA

### Leer la imaginación



**Amos Oz**  
**Versos de vida y muerte**  
trad. Raquel García Lozano,  
Madrid, Siruela,  
2008, 127 pp.

Imaginar es una forma de comprender. Al escuchar el fragmento de una conversación, una frase suel-

ta, una risa o un gemido, podemos imaginar una historia. Al observar a un peatón, una cara, un gesto o una mirada, podemos imaginar una vida. Vemos, por ejemplo, a un hombre en la calle. Desplaza su peso de una pierna a otra, enrolla y desenrolla un periódico mientras espera cruzar la calle. Ese hombre, además de un periódico bajo el brazo, tiene una esposa. Tiene un departamento, un trabajo y hasta es autor de un libro. Como si la vida de ese hombre estuviera hecha de muros de cristal. Pero ¿por qué imaginamos historias, vidas? Tal vez porque imaginar es una forma de comprender, por ejemplo, a un desconocido. Imaginar es, sobre todo, una forma de comprender lo desconocido.

Imaginar es la ficción de todos los días. Es un receso de la vida real, uno que puede ser soleado o tormentoso. Aquí, una de sus características: la imaginación llega lejos, llega al extremo que quiere. Porque ir allá, volar inmóvil, es natural y necesario. Pero, por obvio que suene, una cosa es imaginar la vida de un hombre que cruza la calle y otra es llevarlo a la literatura. *Versos de vida y muerte* de Amos Oz (Jerusalén, 1939) lo hace.

La historia de un hombre que imagina las vidas de otros. El protagonista apenas ve algunos rasgos, imagina y narra las historias. La anécdota ocurre en el decurso de algunas horas, de la tarde a la madrugada, mientras la mente del protagonista viaja al minuto que quiere de otras vidas. El narrador, un autor de 42 años, antes de ir a una velada literaria hace una parada en una cafetería. Imagina el primer amor de la mesera que lo atiende. Su primer novio la llamaba Gogog en la cama, y por las noches, en un cuarto de hotel, le abría los labios con la punta de la nariz. La misma suerte corren dos hombres en la mesa contigua: el protagonista los nombra, les inventa una charla y, de paso, una vida. Abandona el café con un inventario de más de tres historias. Llega al centro cultural donde se presentará y debatirá un libro de su autoría. El público que asiste a la

velada está condenado a ofrecer los detalles de su vida íntima.

Tal cual. Desde la mesa, el protagonista, un autor sin nombre, a partir de una risa socarrona, esboza a un político de segunda fila que vive con su madre. Lo llama Arnold Bartok. La recitadora de algunos fragmentos de la novela que se presenta, Ruhele Reznick, colecciona cajas de cerillos de hoteles internacionales. Yuval Dahán, sentado, escuchando la lectura, es un joven poeta cuyos primeros versos firma con la mano temblorosa cambiando su apellido. Yerulam Shadmati, un erudito que comparte la mesa con el autor, suele lamer con la lengua el pegamento al reverso de los sobres. Al salir a la calle pasa lo mismo con otros peatones. Mientras uno y otro ganan nombres y apellidos, el autor y narrador no tiene nombre; es la suma de los personajes que inventa. El autor es lo que imagina.

En este caso, la anécdota es la forma: vemos todas las caras de la perinola, todos toman voz. La novela se vale de todas las voces y todos los tiempos para contar. Aquí, su luminosidad. Como en un paseo, las historias imaginadas por el autor toman las desviaciones necesarias para llegar a los detalles que dan vida a los personajes. Desviaciones, no atajos. Los personajes, en la mente del autor, se relacionan. Todos, tanto en la cafetería como el público en la velada literaria, tienen que ver. Llega lejos para relacionarlos y este es un punto ciego. ¿Por qué todos están relacionados? Este, un capricho de la imaginación, hace que la novela tenga un punto débil. La luz, allí, enceguece.

Con esta novela, Oz se erige como un esteta de la imaginación. Desde los márgenes de la literatura —que si la cafetería, que si la presentación de un libro— retrata a un autor que imagina historias, y esa es la trama y su forma. Desde la periferia, reflexiona sobre la recepción de un libro escribiendo uno. Y arroja una pregunta al lector, que, cortesía de la casa, responde. ¿Para qué escribir lo que se imagina? Para eso, para que exista. —

— BRENDA LOZANO